



nos apoyamos, las que nos traen elogios y estima, ¿qué son? Apariencias, fantasmas de virtud. Pasaremos la vida idolatrando esos fantasmas, pero pronto un soplo hará desaparecer ese conjunto de virtudes, a veces a través de una gran caída: magna ruina, que será quizás un golpe de la misericordia divina...

¡Cómo debe reír el demonio cuando ve que nos entretiene tan fácilmente con ilusiones que nos hace incluso quererlas! Con sus engaños, escamotea todas nuestras buenas obras, absorbe todo lo que hay de vida en nosotros y sólo nos dejará los huesos. Nos hace creer que tenemos virtudes, nos toca el vano andamiaje, sin base sólida y que, a un momento dado, se desploma y sólo presenta a la vista grandes y deplorables ruinas...

No hay virtud sólida sin esta visión de fe, sin este motivo: Jesucristo presente en todas partes, solicitando y recibiendo nuestros servicios y tratando todos nuestros asuntos con nosotros mismos.

¿Quién no admirará la facilidad que Jesucristo nos da para encontrarlo en todas partes y actuar constantemente con Él y frente a Él? Siempre y en todas partes solo a solas con Jesucristo. La voluntad de Jesucristo es lo que hago según la regla. Jesucristo en mis superiores, sean cuales fueren. Jesucristo en mis hermanos, recibiendo mis servicios como si de Él se tratara. ¡Vaya facilidades que me ha dado para vivir íntimamente con Él! ¡Qué honor! ¡Qué felicidad! ¡Qué seguridad! Una persona que vive así, ¿con quién compararla? ¡Qué abundancia! Nada falta. Dios está ahí, siempre con él, guiándolo. Ahí está lo profundo, lo íntimo, la esencia de la virtud sólida. [DE 210-212]

Estimado Lector: ¿Sabe Ud...

→ ...cuál es la tirada mensual de esta Hojita? 1000 ejemplares

→ ...desde hace cuántos años? Estamos en el 7º

→ ...con quién la comparte? Con sus hermanos de la amplia y variada gama de la pastoral betharramita.

→ ...a quién va dirigida? A todos, **todos**, los agentes de pastoral en su obra. No son para repartirlas "al boleo" a cualquiera.

→ ...quién es el responsable de esa distribución en su obra?

\* Si no sabe, averigüe con un religioso o laico

\* Si detecta que falta quién o quiénes se responsabilicen, ¡Usted es el elegido!! Consulte con el responsable de su obra. ¡Adelante con disponibilidad!

**¡Felices Pascuas!**

# ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Betharramitas, Religiosos y Laicos en Nueva Evangelización con "una estima sincera de nuestra vocación y de nuestra misión"

Año VII 2003 - Nº 2

## Reconciliación es Pascua EXISTENCIAL

La reconciliación con Dios y con los hombres, si es verdadera, produce eso: pacifica el corazón, restaura la unidad, instala en los pueblos la justicia. "Que el Pentecostés de la gracia sea también el Pentecostés de la fraternidad", decía Pablo VI.

Hoy hablamos mucho de reconciliación. Habla el Papa y nos gusta esa palabra. Pero, ¿qué es la reconciliación? Yo quisiera repetirles las palabras de san Pablo: "El que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente (...). Porque Él nos dice en la Escritura: 'En el momento favorable yo te escuché, y en el día de la salvación te socorrí. Este es el tiempo favorable, éste es el día de la salvación'" (2Cor 5,17; 6,2).

La reconciliación es esto: volver al Padre que nos ama y nos espera, servir al Cristo que vive en los hermanos.

Todo cambia en la vida si creemos de veras lo siguiente: "Dios es mi Padre y me ama". "Todo hombre es mi hermano". Entonces nos comprometemos a ser fieles al Evangelio, a vivir con sencillez el sermón de la montaña, a comunicar al mundo la fecundidad de las bienaventuranzas.

Realizar la justicia, sembrar el amor, construir la paz: es todo un programa para la Pascua. En síntesis sería lo siguiente: expresar a los ojos de los hombres el rostro de Cristo que vive en nosotros y nos ha cambiado. Un Cristo que adora al Padre y sirve a los hombres. Un Cristo que no ha venido a condenar sino a salvar (Jn 3,17). Un Cristo que es imagen del padre y nos llama amigos (Jn 15,15). Un Cristo que sube a la montaña para estar solo y rezar (Mt 14,23). Un Cristo que va a la cruz para entregar la vida por sus amigos (Jn 15,13).

Pero eso supone volver a Dios con sinceridad. Buscarlo en la sencillez del corazón, en la oscuridad de la fe, en el silencio de la ora-

ción, en la fidelidad de lo cotidiano, en la alegría de la cruz.

Es preciso volver a la esencia de lo cristiano: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo" (Lc 10, 27).

Pero lo urgente es preguntarnos... "¿Y, quién es mi prójimo?" Solo la fe puede darnos la respuesta: "Les aseguro que en la medida en que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo" (Mt 25,40).

Prójimo es todo aquel que Dios ha puesto en mi camino y espera de mí la entrega de mi tiempo y mi esperanza, la donación de mi vida y de mis talentos, la comunicación del Cristo que he descubierto y saboreado, del Cristo que me hizo sentir feliz porque cambió mi vida.

La reconciliación es volver al Padre que me espera en el silencio (Mt 6,6). Hemos perdido el gusto de la oración. Por eso nos dispersa la tarea, se hace difícil el diálogo y nos cansa la entrega y el servicio. Hemos perdido también el sentido de la cruz. "Si alguno quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, que tome cada día su cruz y que me siga" (Lc 9,23).

La reconciliación exige conciencia clara y serena del pecado. Del pecado nuestro y de nuestros hermanos. Del pecado del mundo y de la historia. Del mal que hicimos y del bien que dejamos de hacer.

El que me dice que no tiene pecado es mentiroso (1Jn 1,8-10). Hemos pecado mucho en nuestra vida. No hemos amado a Dios con todo el alma. No hemos orado bien, no aceptamos con alegría su cruz, no hicimos su voluntad.

No hemos descubierto a Cristo en nuestros hermanos. No fuimos fieles al sermón de la montaña. No hemos vivido las bienaventuranzas. No hemos trabajado por la paz. Hemos hecho muy poco por la justicia. No encendimos en los otros la esperanza. No les hablamos de Dios ni les entregamos a Cristo "vida nuestra" (Col 3,4). No nos hemos preocupado del pobre y del enfermo, del hambriento y del preso, del que no tenía trabajo o vivienda, del que estaba triste o se sentía solo. No hemos hecho posible un mundo nuevo, más humano, más fraterno y más divino. No nos hemos comprometido juntos a construir la historia. No hemos vivido la alegría y la fecundidad de nuestra fe.

Pero la reconciliación supone confianza filial en la misericordia del Padre que nos espera, nos abraza y nos hace gustar la fiesta de la familia (Lc 15,20). El signo de la reconciliación es la alegría. Una alegría muy honda, serena, contagiosa. La alegría del reencuentro con el Padre y el hermano. Hay que dejar que la sangre de Jesús nos limpie y haga nuevos. El Señor nos reconcilia por la cruz (Ef 2,16) y nos pacifica

por su sangre (Col 1,20).

Hemos entrado ahora en la Pascua. Tiempo de una particular presencia de Jesús, el Salvador, de una efusión especial del Espíritu de Pentecostés. Tiempo de la manifestación del Padre.

El mundo espera de nosotros algo nuevo: que le mostremos a Jesús (Jn 12,21), que le enseñemos cómo es posible la paz, cómo nace del amor la alegría verdadera y cómo se puede todavía construir la esperanza.

Con nosotros está María: la Virgen de la pobreza y del silencio, de la fidelidad y del servicio, de la amistad, la alegría y la esperanza, la Virgen de la reconciliación "de la cual nació Jesús, llamado Cristo" (Mt 1,16). Por la cual nos fue dado "el Hombre Nuevo creado a imagen de Dios en la justicia y en la verdadera santidad" (Ef 4,24).

Con Ella entramos en la Pascua. Sobre Ella vino el Espíritu de Dios para empezar "la creación nueva" (Gal 6,15), y formar en Cristo la Iglesia misionera.

Queremos de veras convertirnos para cambiar el mundo. Queremos renovarnos para construir la historia. Queremos reconciliarnos con el Padre y el hermano. Queremos ser auténticos cristianos. Por eso nos hundimos en el corazón sencillo y pobre de María, nuestra Madre, y desde allí comprometemos nuestra cotidiana fidelidad al Evangelio: "Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho" (Lc 1,38).

Cardenal Eduardo PIRONIO—20 enero 1974



## Nos enseña San Miguel Caricoits

### Verdaderas y falsas virtudes

¿Cómo se adquiere la virtud? Con la humildad, la obediencia, la apertura a los superiores. Los humildes, los obedientes, los corazones sinceros nunca serán víctimas de las ilusiones satánicas.

No es ningún tonto el demonio: no tratará de arrastrarnos hacia grandes vicios: borracheras, impureza, etc; de vez en cuando presentará esas tentaciones, pero no perderá mucho el tiempo.

Lo que busca constantemente es abusar de nosotros mismos a través de fantasmas de virtud y hacernos pasar la vida con ilusiones continuas, con las mejores intenciones, quizás sin pecado venial consciente, para llevarnos al tribunal de Dios con las manos vacías.

En efecto, muchas virtudes de las que nos vanagloriamos, en las que